



Guibourg, Edmundo
Evocaciones

PQ
7797
G6974
E9



EDICIONES SELECTAS
AMERICA

CUADERNOS
QUINCENALES

DE LETRAS
Y CIENCIAS

EDMUNDO GUIBOURG



EVOCACIONES

(Prólogo de Arturo Cancela)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
RECONQUISTA 375
Buenos Aires
1920

Dirac. y Adm.
Reconquista 375

EDICIONES SELECTAS
AMERICA

U. Telef. 827
(Rivadavia)

Cuadernos Quincenales de Letras y Ciencias

(APARECEN EL 5 Y EL 20 DE CADA MES)

DIRECTOR

SAMUEL GLUSBERG

Año I Tomo I

<i>Amado Nervo</i>	Florilegio III Edición
<i>José Ingenieros</i>	La moral de Ulises II Ed.
<i>Almafuerte</i>	Espigas II Edición
<i>Julio Herrera y Reissig</i>	Opalos II Edición
<i>Martin Gil</i>	Cielo y Tierra
<i>Ernesto Mario Barreda</i>	Canciones para los niños
<i>Eduardo Talero</i>	Amado Nervo
<i>Alberto Gerchunoff</i>	Cuentos de ayer
<i>Leopoldo Lugones</i>	Rubén Darío
<i>Florentino Ameghino</i> ..	Los cuatro infinitos
<i>Rafael Alberto Arrieta</i>	Selección lírica
<i>Vicente A. Salaverri</i> ..	La visión optimista

Año II Tomo II

<i>Fernández Moreno</i>	Versos de Negrita
<i>Joaquín V. González</i> ..	Música y danzas nativas
<i>Rubén Darío</i>	Poemas II Edición
<i>Arturo Capdevila</i>	La pena monstruosa
<i>José Enrique Rodó</i>	Joyeles
<i>Arturo Cancela</i>	Cacambo II. Edición
<i>Armando Donoso</i>	Un hombre libre.
<i>Ricardo Rojas</i>	Canciones.
<i>Roberto J. Payró</i>	Historias de Pago Chico.
<i>Amado Nervo</i>	Pensando.
<i>Alfonsina Storni</i>	Poesías.
<i>Edmundo Guibourg</i> ..	Evocaciones.

Con este cuaderno queda completado el segundo tomo de nuestras ediciones.

Las personas que deseen tapas sueltas para encuadernar pueden solicitarlas a nuestra administración.

Precio único en tela

\$ 1,20 m/n.

Remitiéndonos los doce ejemplares los devolveremos encuadernados a vuelta de correo por \$ 1.50 m/n.

COLECCIONES COMPLETAS

— de —

“AMÉRICA”

En nuestra administración quedan algunas colecciones del primer tomo que vendemos encuadernadas al precio de \$ 5 m/n cada una. A los suscriptores o a las personas que se suscriban desde ahora, acordamos el 15 % de descuento.

Número atrasado c/u.

0.40 m/n.

EL CONVIVIO

Publicado por J. GARCIA MONGE
San José de Costa Rica

Se trata de presentar en *El Convivio*, escrituras cortas y completas—consideradas como egre-
gias en su género—de los buenos
escritores de todas las naciones
y épocas; en cuadernos portáti-
les y recomendables también por
el esmero de la impresión.

Aparecieron:

EVANGELINA

Cuento de Acadia

por Henry W. Longfellow

Traducido por Rafael M. Merchán.

POESÍAS ORIGINALES

por Fray Lule de León

Precio \$ 1.25

ARTÍCULOS

por José Vasconcellos

Precio \$ 0.70

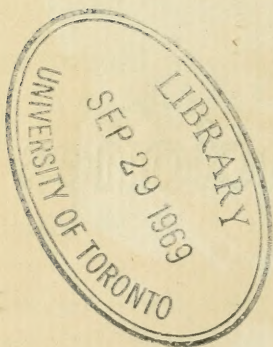
EDICIONES SELECTAS
AMERICA

EDMUNDO GUIBOURG

Evocaciones

DIRECTOR
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1920

PQ
7797
G6974E9





Edmundo Guibourg



James P. [unclear]

EN las costumbres metropolitanas no es cosa rara que la atracción ejercida por el periodismo haya decidido el destino de una vida. Nuestro periodismo anónimo y descolorido, apenas animado de vez en cuando, por un hálito de pasión, tiene a pesar de todo, para los adolescentes, quien sabe qué encantos, que hacen que, inclinados sobre su texto de derecho o sobre su tratado de anatomía sueñen con la vida activa del periodismo, como sueñan con la mujer desconocida que los rozó al pasar.

Pero si es frecuente el caso de una juventud desviada por una vocación basada en un ilusorio espejismo, no lo es tanto el de un talento que como el de Edmundo Guibourg haya resistido noblemente a todas las influencias desmoralizadoras de la profesión. Porque lejos de ocurrirle como a muchos que en las diarias transacciones con la necesidad han ido perdiendo poco a poco su fisonomía moral, como pierde su cuño la moneda a fuerza de andar de mano en mano, el autor de las breves composiciones que va a leerse ha acendrado sus calidades

espirituales en esa lucha y dado a su inteligencia ya de por sí aguda, el filo y el temple de una buena espada.

A semejanza de uno de los hombres que él más quiere, y que es fuera de duda el más respetable del país, Edmundo Guibourg siempre ha dicho y sigue diciendo lo que él cree que es la verdad, cualesquiera sean las circunstancias y el lugar en que se halle. Su tono es igual y su sinceridad es la misma ya opine desde las columnas de un diario, el escenario de un teatro, el seno de un comité político o la rueda de contertulios de un café. Es muy posible que ese amor desenfrenado por la verdad, lo haya adquirido Guibourg en su paso por las redacciones donde por lo gèneral, no se le rinde mucho culto, pero al propio tiempo se le ha contagiado el vicio de considerar con escepticismo la propia obra y mantenerse en un voluntario retraimiento espiritual. La publicación de este cuaderno es un comienzo de reacciòn, que los que lo conocen, y que son muchos mas de lo que él imagina, apreciarán como un buen síntoma. Confiemos en que disminuída ya su aversión por la publicidad, Edmundo Guibourg, nos dé pronto otras muestras de su talento variado y penetrante. . .

ARTURO CANCELA.

LA OBSCURIDAD

COHIBIDA por mi sonrisa, una dama que hablaba del paraíso y del infierno, preguntóme de pronto: — ¿Qué hay para el hombre después de la vida? — Señora, le dije, cuando yo era muy niño, un pequeño camarada de juegos, alto de setenta centímetros, descubrió que la obscuridad no era negra como la describían los mayores, pues habiendo cerrado bien las puertas y postigos de una habitación y mirado al interior por una puerta apenas entreabierta, había podido ver claramente.

Le propuse repetir la experiencia siempre que tuviese la valentía de permanecer dentro de la habitación, y aceptó, para confundirme con su verdad. Pero una vez cerrada la puerta, todo asustado rompió a llorar. Más tarde, cuando se le pasaron las convulsiones del llanto, me aseguraba que tampoco era negra la obscuridad, sino de mil colores brillantes sobre una tela fúnebre y poblada de innumerables demonios.

LA CAJA DE AHORROS

EN teoría era enemigo del ahorro, que engendra la avaricia, y en la práctica nunca tuvo qué ahorrar. Suponía que para hacerle eran menester grandes cuidados de vigilancia y seguridad y su ineptitud para practicarlo parecía evidente cuando comprobaba su incurable descuido con la pérdida de sus pobres cigarrillos sueltos a través de los agujeros del raído traje.

«Todo se pierde menos la esperanza», y en virtud de ese vulgar optimismo, un día en que como muchos, en su andar triste cual la miseria, no le quedaba ya nada que fumar, iba palpando y escudriñando desesperado uno por uno sus bolsillos vacíos. Y la esperanza ese día se compadeció de él: no sin sorpresa encontró en un rincón del forro del saco un cigarrillo entero, un poco arrugado y seco, y las dos mitades de otro, depositados allí por un agujero previsor.

Mientras echaba densas bocanadas de humo, anduvo cavilando con sorna el hombre sobre las cualidades éticas del agujero del saco, tan distinto de sus congéneres.

LA PROPOSICIÓN

A NOCHECE, y en este barrio central-norte es la hora de la concentración de las modistillas que salen del trabajo en los puntos donde los tranvías ofrecen la perspectiva de un asiento descansado para largos viajes a los extremos de la urbe.

Con paso ágil y en charla bulliciosa se dirigen dos muchachas hacia la esquina estratégica; feucha la una, vestida de negro, sirviendo de contraste generoso a la gracia de la otra, cuyas formas incitantes marcadas por un traje primaveral denotan la eclosión de la mujer.

En sentido inverso, avanzan un *jaqué*, una corbata, una galera, un bastón y un par de lentes ahumados, exhibiendo a un tonto de aire satisfecho que marcha con la cachaza de un tren de carga.

El hombre se detiene al cruzarse con las muchachas, y ellas le escuchan. No ha de ser la primera vez que las aborda; y no obstante una pequeña resistencia de ellas, las acompaña en el trayecto de media cuadra que les falta.

Parados en la esquina, gesticula él, tornándose más ridículo; la de negro oye visiblemente curiosa; la otra,

cabizbaja. A los pocos minutos el galán se despide de ambas con un apretón de manos y la sonrisa de una mandíbula bestial.

La bonita corre nerviosa, arrastrando a su amiga, hacia el tranvía que llega. Suben con ellas otras modistillas, algunas con sus novios; éstas atraen las miradas despectivas de la envidia.

La garganta apretada y nublados los ojos, balbucea la bonita:—¡Canalla!

Y la fea, después de cabecear, dice con tristeza, mientras el rostro parece alargarse por la ascensión de las cejas: — ¿Quién sabe si no sería mejor?

ASTUCIA

MESA de cenáculo de café: mesa de disección. Tratábase aquella noche del espíritu de un amigo ausente, de poderoso influjo en el círculo. Uno achacaba su crédito al don de simpatía; otro, a una mistificación debida a la *réclame* de la que ellos mismos eran cómplices; casi con unanimidad el pan y la sal le eran negados. Defendíalo tan sólo uno, ardientemente, con alarde de cinismo, y reprobando la intolerancia para con la vanidad, declaraba querer ser puntal del amigo antes que piqueta, por la conveniencia que el encumbramiento pudiera reportarle. Y a los ataques despectivos respondía: — No hay que despreciar a un rival, que de vencerlo apareceríamos más fuertes de lo que somos, y de vencernos él nos salvaríamos del ridículo.

Los circunstantes fueron retirándose poco a poco abandonando la discusión, y el cínico quedó solo, frente a un jovencito novicio que le habían presentado la misma noche, al que le brillaban extrañamente dos luces en el fondo de las ojeras. Se hizo una larga pausa; después el joven arrimó su silla y dijo:

— Hemos de ser amigos, si Vd. no se opone.

—Si acepta las ventajas y desventajas de un amigo franco en exceso... — contestó el fumista con displi-
cencia.

—Pues lo soy suyo desde ya, y si hay uno que lleve
al otro alguna ventaja, soy yo.

Y como en la mirada de asombro de su nuevo amigo
viera el novicio una interrogación, agregó cordialmente:

—No desconfiando de Vd.

LA ORIGINALIDAD

EN el corro de amigos, el muy presuntuoso hablaba, perdido en el mareo de un egotismo enfático. Blandía un ariete de frases altisonantes frente a un imaginario muro de academicismos, sin advertir que era ponerse a luchar contra un cadáver. Cual si hubiese tenido conciencia de su semi-ignorancia colocaba los tanteos de ciego de la intuición por encima del esfuerzo de la cultura, desarrollando sobre el tópico una turbia teoría empírica; y tras un viaje introspectivo, no exento de color, sacó a relucir sus blasones literarios, para coronar la perorata con el concepto de la pureza de su originalidad.

—«La causa de la luz que puede irradiar de mi mente hay que buscarla en este manojito de nervios que nació conmigo y que conmigo morirá, puesto que sólo las propias sensaciones exalto». Y de esta índole, construía la torre de nieve de su supuesta potencia pristina.

A intervalos daba tregua a la plática para tamborilear, entornados los párpados, con sus dedos larguísimo y secos sobre la mesa alrededor de la cual congregábase el grupo, y sus labios se entreabrían

dejando al descubierto una dentadura temible en la que los incisivos, como formidables palas, justificaban la robustez de la mandíbula. Luego, al reanudar la charla, la alta frente contraíase al flujo constante de las inquietas cejas, y el ojo derecho tendía a cerrarse en los momentos de absoluta convicción, en tanto que, alargada la diestra en actitud demostrativa, el pulgar y el índice se juntaban formando un anillo.

En lo álgido del debate, corrido por la hora, el cenáculo inició la desbandada, y una vez en la calle dispersáronse los concurrentes en núcleos. Yo, que había quedado en la última rueda, miré alejarse al petulante entre un mezquino resto de auditores; su voz metálica, de matices chillones, iba apagándose en la distancia cuando aun lo veía gesticular con los movimientos epilépticos que tan familiares le eran.

En la caminata de regreso al hogar, tratando en vano de eludir en la presurosa marcha solitaria las cuchilladas del frígido viento nocturno, evoqué, al abstraerme, el recuerdo de los largos momentos, gratos casi siempre, pasados con el compañero que en esa velada monopolizara la discusión. Paseos, chácharas, y pueriles entretenimientos desfilaron por mi memoria. Y fué entonces cuando la figura austera del padre de mi amigo se me hizo presente y ví ante mí al buen anciano, de mirada hospitalaria, que solía hablar con estridencias repentinas y bruscas sacudidas del cuerpo, extendiendo un brazo para unir en aro pulgar e índice, entretanto los otros dedos intentaban lanzarse al aire; recompuse el juego ágil de las cejas blancas en la amplia frente, y recordé

cómo durante ciertos silencios intempestivos, en plena cavilación, achicábase un ojo o exhibíanse los enormes dientes, y las manos huesosas parecían buscar un teclado en el rápido martilleo de los dedos. Más que el parecido físico, la similitud de los gestos me había preocupado a menudo. ¡Cuántas veces observando a mi amigo de espaldas, al caminar, o sorprendiéndole en una habitual actitud extática, no creí reconocer de cuerpo entero al padre en el hijo!

¡La originalidad!... ¡La intuición!... Rehice poco a poco el pedantesco discurso de esa noche y, acordándome de las pretendidas «sensaciones nuevas y propias de aquel manojito de nervios», caí fatalmente en el lugar común de recitar las palabras de desencanto del hijo de David, rey de Jerusalem: «Vanidad de...» Y el cierzo nocturno hízose suave.

EL HOMICIDA

EN la mansarda, acodado en el alféizar de una ventana abierta sobre el cielo, miraba los astros, y por asociación de ideas vino a su mente un recuerdo infantil. Una vieja bruja habíale predicho, entre cálculos astrológicos y examinándole la palma de la mano: —«Serás un triunfador... ¡pero cuántas muertes, Dios mío, cuántas muertes por causa tuya!» Nunca pudo olvidar el horrible horóscopo, y, en épocas, el recuerdo se convertía en una obsesión.

Bajo los astros, iba nublándosele la vista, y una ronda de estrellas le cantaba el estribillo: —«¡Cuántas muertes, Dios mío, cuántas muertes por causa tuya!» Quedóse dormido, al arrullo de una brisa que se hacía violenta.

Soñó primero que las frases de un poema suyo se transformaban en animales diversos, y una era un pájaro brillante, otra una gacela asustada, otra un espantoso monstruo... Después vió una decoración mirífica, en la que, al vaivén de personajes humanos se sucedían crímenes y muertes. Desarrollábase una rara historia de amor y de boca de esos personajes volvió a oír las frases de su poema, pronunciadas en tono enfático.

De súbito un ruido tonante resonó, como si la tierra se hubiese abierto, y al contraerse su cuerpo por el miedo, bajando la cabeza parecióle ver como el aleteo de mil palomas. Entonces pudo advertir que se hallaba en una balaustrada alta y que debajo, en un vasto plano, un gran número de personas escuchaba como él la historia de amor, mirando hacia la decoración maravillosa. Las palomas eran las manos que aplaudían y el estruendo el aplauso. Allá en el tablado, a intervalos, los personajes seguían muriendo.

Cuando la farsa terminó, vinieron las mil manos a asirlo y lo llevaron en peso hasta el centro del tinglado, donde quedó un momento solo, aturdido. A poco vióse rodeado de la fauna que formaran las frases de ¡su poema y las bestias iniciaron en torno suyo, una vertiginosa ronda, cantando en las voces más distintas el estribillo fatal:—«¡Cuántas muertes, Dios mío, cuántas muertes por causa tuya!» De nuevo oyóse un ruido fragoroso: las mil manos palmoteaban de júbilo, en su loor.

Una gota fría en el pómulo lo despertó. Los astros habían desaparecido tras un capote gris. Abajo, contra las piedras de la calle la lluvia rompía estrepitosamente, semejante al batir de mil palmas. Una sensación de frío le hizo estremecer.

Al recapacitar sobre la calidad de sus sueños, comprendió que el horóscopo, de acuerdo con su vocación de dramaturgo, lo destinaba al teatro y ya no tuvo temor por lo funesto del presagio.

LA IGUALDAD

COMIENZA la cena, triste. Ante las miradas curiosas de los hijos más pequeños, revuelve el obrero un huevo en su plato de sopa; minutos después, sólo el ruido de la vajilla y la masticación violenta del padre, que parece querer recuperar de golpe las fuerzas perdidas en la jornada brutal, rompen el silencio; los demás comen tímidamente: la esposa apenas prueba bocado y fija sus ojos, en los que la aflicción puso un velo, en un agujero de la pared; Juan, el vástago mayor, agachado sobre su plato no se atreve a levantar la vista.

—¿No hay novedades? interroga a éste el padre, ceñudo, con un dejo sarcástico, y acoje el mutismo que sigue a su pregunta encogiendo los hombros. Como si sintiese el peso de la filial mirada furtiva la madre se vuelve hacia Juan, y se contemplan ambos con desaliento. La cena prosigue, en la tristeza; por momentos los ojos de los pequeños se agitan y parecen, inquietos, buscar un asilo, cual si la angustia que se ha guarecido en la casa invadiese también los corazones infantiles; diríase que el choque de los cubiertos es más sonoro que nunca.



Después de dos largos meses de desocupación, Juan encontró por fin nuevamente trabajo. Ese día, a la salida de la fábrica, urgióle llegar a su casa y ¡con qué desahogo hizo su entrada en ella!

La sopa estaba servida; iba enfriándose ya; presto sorbió la primera cucharada. Mirábalo el padre reprimiendo la propia satisfacción, y la madre, sonriente, le dijo con ternura:

—¿No te agrada el huevo en la sopa?

Recién entonces vió Juan un huevo al lado de su cubierto. Acercóse la madre y rompiendo la cáscara con un golpe seco sobre el borde del plato, hizo caer yema y clara y las batió unos segundos.

Decididamente el paladar de Juan no sabía agradecer la distinción, puesto que encontraba amargo el caldo, amargo... Iba el muchacho a expresar su repugnancia en un gesto, pero se detuvo cohibido: la envidia estaba en los ojos de sus hermanitos.

ENEMIGAS

Como la esposa sentía un odio creciente hacia la biblioteca, que se lo robaba, él trató de conciliar a las rivales haciéndola su bibliotecaria.

Con aire de dominadora arregla hoy las hileras de finas encuadernaciones, y a solicitud del esposo le alcanza un libro, que él abre con avidez. Ella lo contempla y le compone al rato una guedeja despeinada; luego, como reprochándole su inatención, puesto que sigue ensimismado en el libro, le da un beso en la frente. Entonces él, arrepentido, tómale la cabeza entre ambas manos, y las bocas se juntan.

Cuando está segura ella de su poder empieza a desasirse de los brazos amantes y en vano intenta él retenerla: Lee —le dice ella— traicióname con mi rival; yo... me voy.

—Quédate cerca; me gusta leer sintiéndote próxima.

—¿Podrías comprender lo que leyeses sabiéndome a tu lado? ;No lo consentiré!

Él ha vuelto a su libro, y ella se aleja de puntillas; al llegar a la puerta la detiene su nombre pronunciado cariñosamente por el esposo, como una súplica; pero con toda crueldad, sale.

Él se levanta y corre hacia la puerta, dispuesto a seguirla. El libro le atrae, sin embargo y, a paso lento, vuelve a sus hojas; mas no alcanza a terminar el párrafo y con un suspiro estúpido, cierra el volumen.

CARTAS A LA ABUELA

ERA un muchachote travieso. Huérfano de padre y madre, sus abuelos lo idolatraban. Después de una adolescencia sin contralor, llególe la época de la conscripción y no obstante su indisciplina cultivada, tuvo que embarcarse a cumplir el período militar en un buque de guerra. El abuelo no se halló con fuerzas para ir hasta el puerto a despedirlo y quedó llorando en la casa suburbana. Los abrazos con que el conscripto se separara de la desconsolada abuela, del amigo más íntimo y de una primita, — fiel báculo de los ancianos, — fueron su último adiós.

Victima de un accidente pereció ahogado a las pocas semanas.

Al conocer el amigo el suceso se puso de acuerdo con la prima del desaparecido para interceptar toda comunicación a los pobres viejos. ¿Para qué, cercanos como estaban de la tumba, habían de soportar golpe tan terrible?

Durante meses los ancianos esperaron noticias del nieto, cabeceando él entre rezongos, y dejando escapar ella algunas lágrimas por debajo de los humildes anteojos. El abuelo iba languideciendo a simple vista y una tarde serena entregó el alma en brazos de su compañera, mientras murmuraba: — «Ese muchacho no escribe...»

La abuela proseguía en la acariciante espera. La situa-

ción tornábase insostenible para los que ocultaban la atroz verdad. Convinieron en llevar al extremo el pidoso engaño y el amigo hizo borronear una carta apócrifa, dirigida a la anciana por su intermedio. El nieto refería en ella cómo desertara de las filas y cómo lleno de curiosidad, viajaba por lejanos países. La abuela revivía ante las carillas mágicas. Cada cinco semanas hubo que fraguar una carta.

* * *

—Hoy se dirige a mí,—dice el amigo—. Vea Vd. lo que me escribe: « Túnez, 15 de Marzo. Caro beduino.... » Y el lector se interrumpe para exclamar: — ¡El mismo burlón de siempre!...

En la pieza contigua, la primita recorre con movimientos mecánicos las teclas del piano, la cabeza erguida en actitud de plegaria, y gruesas lágrimas que le surcan el rostro caen pesadamente sobre las ágiles manos de marfil.

LLUVIA DE INVIERNO

¡L LUVIA gris invernal ante cuyo espectáculo, a través del vidrio, se eriza de placer mi piel! La lluvia de todos los tiempos es amiga mía, y suelo salir descubierto a hacerme besar por ella. Pero hoy el frío es intenso, y por la ventana miro llover.

En la inmovilidad, cuando mediante las envolturas de que me he cubierto voy gozando de mi triunfo sobre el hielo de afuera, despierta el hielo de adentro y, a solas conmigo, me invade en ondas que suben del corazón a flor de piel. ¡Puede apretar el frío externo que, absorto, ya no lo sentiré! Una voz interior me canta mis miserias y mis desesperanzas, y mis ojos lloran con el ritmo de la lluvia sobre el vidrio.

MINUTOS EN EL HOSPITAL

Un egoísmo culpable hizo que retardase de intento mi visita para que poco a poco de entrar, las campanadas de la hora de salida viniesen a salvarme de la nerviosidad angustiosa a que me expondría. Pasados los breves saludos corteses, ¿sobre qué tema iba a entretener al viejo enfermo, cuyo idioma extranjero serfame preciso chapurrar?

Cuando me interné en la senda arbolada del jardín lo ví levantarse de un banco solitario y dejar su retazo de sol para venir hacia mí con esfuerzo, arqueado como un signo de interrogación. Bajo la confusa barba grisácea, en la cara lívida por una horrible equimosis, adiviné una sonrisa: el fulgor de los ojillos móviles entre los párpados arrugados me lo dió a entender.

De las fosas nasales, lastimadas, emanaba un efluvio acre, que al mezclarse con el hedor del desinfectante tornábase insoporiable; el rostro amoratado adquiría un aspecto funambulesco por la presencia de manchas de un amarillo intenso. Ajustando mi paso a su andar lento y torpe, pronto supe cómo la traición de una baldosa ha-

bía provocado en el asilo de inválidos el accidente que lo llevara al hospital de sus compatriotas.

Llegamos a un corredor donde una buena parte de los reclusos que no guardaban cama atendían las visitas; el anciano me hablaba quién sabe de qué cosas ante el asentimiento subconsciente de mi gesto afirmativo, mientras, en la distracción, mis ojos curiosos inquirían entre la rala concurrencia.

Un chico de cara inteligente, que apoyado en una muleta soportaba el grávido colgajo de una pierna envuelta en vendas, retribuía las saluciones cariñosas de un grupo de visitantes.

—Dale también un beso a tío—, indicóle una hermosa joven al soltarse conmovida del cuello del niño, viendo que éste tendía tan sólo una mano tímida a un ser deforme que lo miraba con grande afecto. Era un mozo bajo; hinchadas las carnes del rostro, en el cual los ojos náufragos parecían implorar socorro, y reseca la piel, de un color verdoso, daba sobre todo la impresión de un envejecimiento prematuro.

A la voz de la joven, el muchacho puso sus labios en la carne fofa: la faz deforme resplandeció por un instante.

Yo miré a la bella hada de ese milagro con honda gratitud, y creí en la bondad.

Pasamos; para encender un cigarrillo el anciano hizo un paréntesis a la locuacidad, de que yo era causante desatento, con la que acaso quisiera resarcirse de largos y forzados silencios.

—Mientras me quede un cigarrillo, mi vida miserable

tendrá un objeto aún—dijo—, y mostrándome tres viejos silenciosos, sentados en un banco, absortos en el fumar, agregó:—Los camaradas no tienen nadie que los venga a ver. ¿Qué sería de ellos si no les quedara el consuelo del humo del tabaco?

Después de una risita sarcástica, punzante como un quejido, con que subrayara la observación, puso el gesto grave y balbuceó en un tono de sinceridad profunda:

—¿Por qué no nos ahogarán en cámaras frigoríficas, como a los perros?

Nos detuvimos frente al banco de los tristes fumadores, en el momento en que llegaba jadeante otro anciano, de pergeño igualmente lamentable, quien interrogó a los sentados:

—¿Es cierto que vino alguien a visitarme?

—No sé—respondióle con negligencia uno de ellos, que tenía un ojo nadando en una llaga.

--Me dijo Alfredo que la persona que preguntó por mí se hallaba con ustedes.

Los tres viejos del banco y mi acompañante rieron en coro, y este último, golpeando familiarmente en el hombro al recién venido, exclamó:

—¡Te han dado una buena broma!

—¿Entonces es mentira lo de la visita?—no pudo menos de insistir el pobre diablo, dejando caer la cabeza y los brazos con desaliento. Los otros reanudaron la mofa ante su actitud ridícula.

—Son compañeros del Asilo—me explicó mi amigo.— El autor de la burla es el de más edad de todos nosotros, que está aquí porque habiendo robado de la

dispensa una ración de pan, le hizo daño ingerir más de lo habitual. Hay allá quien se hace el enfermo para cambiar de casa por unos días.

Oyóse tañer la campana de salida. El anciano quiso acompañarme hasta la puerta de la verja exterior del edificio y obtuvo el permiso del portero. Mirando a la calle advertí que la tarde era espléndida.

—Feliz usted que sale por este portón— me dijo mi amigo al despedirme, con acento penoso. — Me entran ganas de burlar la vigilancia del portero y salir sin rumbo... y caminar... caminar... hasta caer, ebrio de libertad.

—Pero usted no está preso—repuse por decir algo.

Miróme entonces sorprendido, y musitó después, balanceando la cabeza: — En efecto — e hizo oír de nuevo la risita sarcástica. Luego, al estrecharme las manos añadió: —¡Tan lindo que está el día afuera, y en cuanto haya traspuesto aquel umbral me habré reintegrado a la noche!

LITERATURA

¡AH, infames literatos, podemos gozar y sufrir, que es como si siempre gozáramos: los estados de ánimo tristes y fúnebres nos satisfacen como ejercicio del temperamento artístico, y todo lo que vivimos hemos de encerrarlo en papel!

Así, el momento horrible en que, en el suplicio del olvido, mis uñas rasgan mi carne en la desesperación de no poder reconstruir los rasgos maternos, las facciones del ser que meció y sostuvo mi niñez y se desvaneció en la sombra. Dolor sin remedio... que se calma con cuartillas. Y evoco entonces el recuerdo de aquella otra mujer extraña que conocí a los veinte años, cuya presencia me hacía bien, pues ligábame a ella una simpatía secreta de la que no alcanzaba a definir la razón.

Había plata en sus cabellos y su rostro era feo; pero su mirada era clara y dulce. Y revolviéndome una noche en el horroroso suplicio del olvido, aparecióseme de súbito, y exclamé, dando un salto desde mi lecho de angustia: — Ya sé lo que en esa mujer me atraía: era la bondad radiante de madre! ; Algo de mi madre es lo que ví en ella! Pero, brillaba la plata en sus cabellos, y

EVOCACIONES

el rostro era feo. ¡Dios mío! ¿Cómo era el rostro de mi madre?

¡Ah, infames literatos, podemos gozar y sufrir, que es como si siempre gozáramos!

* * *

Así, cuando me procuro la soledad para reunirme con el recuerdo de la mujer amada y me conduelo de mi pena. Dolor sin remedio... que se calma con cuartillas. Y vislumbro que ella sabe perfectamente lo que siento y que lo supo mucho antes que yo mismo. Los celos fueron los que me hicieron ver lo que pasaba en mí. Y ahora, en la duda, sufro, pero no en la duda de mi sentimiento, porque esa sospecha fué agradable y me deleitó. Me prometí someter mis nervios, a fin de observarla escondido en una indiferencia aparente. ¡Cuántas razones tenía ella, por el contrario, para observar conmigo una indiferencia verdadera, y para no ver en mí más allá de mi aspecto de cándido! Mil alfileres tengo para mi tortura. ¿Mis pequeñas simulaciones la habrán despiestado? ¿Contra mí, propósito, me estaré cerrando el camino con ellas? Todo lo que observo es que cada vez se me escapa más.

¡Ah, infames literatos, podemos gozar y sufrir, que es como si siempre gozáramos! Todo lo que vivimos hemos de encerrarlo en papel.

¿Pero acaso por eso voy a dejar de infundir en mí mismo la convicción de que la quiero y sufro?

¿Pero acaso, por eso voy a desistir de la reconstrucción en el suplicio del olvido?

* * *

¡Ah, si pudiese volver a mi infancia, en la que creía que nuestros sentimientos eran nuestro tesoro recóndito, que nunca podíamos revelar a los demás, y que habitaban en nuestro interior cual sombras inviolables de nuestras sensaciones! Tenía siete años, y una noche de verano, hundida la cabeza en la almohada, el insomnio hizo que el ruido ordinario de la calle me llegase como el sonar lejano de una música marcial. Pensé en contar esa impresión curiosa, pero dudé en seguida de que se creyese en mi sinceridad, y temí que se achacase mejor a fantasía de criatura. ¿Si nadie lo ha sentido como yo, quién ha de creerlo? — me dije. — ¿Para qué intentar descubrir esa sombra interior que nadie puede ver? Porque las sombras interiores — pensaba, — son como la personalidad de los sentimientos, y del mismo modo que al chocar la luz contra un cuerpo proyecta una sombra visible, se proyectan en nuestro interior las sensaciones.

¡Ah, si como en mi infancia, pudiese creer que mi tesoro es incomprendible para los demás!... El silencio sería mi amigo.

¡Pero qué!... ¡Infames literatos, podemos gozar y sufrir, que es como si siempre gozáramos! Todo lo que vivimos hemos de encerrarlo en papel.

ÍNDICE

	<u>PÁG.</u>
VERSOS DE NEGRITA, por FERNÁNDEZ MORENO:	
Fernández Moreno, por Leopoldo Lugones.....	5
Vocación.....	7
Negrita.....	9
Estoy al borde de un precipicio.....	11
Hermoso, pálido y tétrico.....	12
Voy con mi corazón.....	15
Sahumerio.....	16
Medalla.....	17
A un señor muy rico para que nos regale una casa....	19
El dedal perdido.....	21
Insomnio.....	23
A unos álamos plateados.....	25
Las rosas, por ejemplo.....	27
Ella podría estar aquí, tejiendo.....	28
Décima.....	29
Cementerio.....	30
Epitafio.....	31
MÚSICA Y DANZAS NATIVAS, por JOAQUÍN V. GONZÁLEZ:	
Naturaleza y arte.....	35
Música y danza indígenas.....	36
Evolución de la raza y de la expresión musical.....	37

POEMAS, por RUBÉN DARÍO;

Benjamín Itaspes, por Rubén Darío.....	67
Yo soy aquel que ayer no más decía.....	75
Letanía de nuestro señor Don Quijote.....	79
Los motivos del lobo.....	85
Canción de Otoño en Primavera.....	89
La canción de los pinos.....	93
Lo fatal.....	96

LA PENA MONSTRUOSA, por ARTURO CAPDEVILA:

Arturo Capdevila, por Roberto F. Giusti.....	99
La pena monstruosa.....	105
El evangelio del valor.....	121
La dulce patria.....	125

JOYELES, por JOSÉ ENRIQUE RODÓ:

José Enrique Rodó, por Rafael Alberto Arrieta.....	131
Decir las cosas bien.....	137
Bohemia.....	139
Los que callan.....	140
Don Quijote vencido.....	144
El barco.....	149
Hylas.....	151
Mirando jugar a un niño.....	155
La despedida de Gorgias.....	156

CACAMBO, por ARTURO CANCELA:

Introducción.....	163
Cacambo.....	167
El método.....	175
Al margen del Quijote (Maese Pedro).....	187

	<u>PÁG.</u>
UN HOMBRE LIBRE, por ARMANDO DONOSO:	
I Nuevo Anarkos.....	187
II El hombre.....	202
III Moralidad actual.....	206
VI Los yerbales paraguayos y el terror argentino.....	210
V El moralista del contraste.....	221
VI Uno más.....	223
 CANCIONES, por RICARDO ROJAS:	
Ricardo Rojas, por Alvaro Melián Lafinur.....	226
Romanza de las tres interrogaciones sentimentales....	227
La noche azul.....	236
Leyenda.....	237
Nocturno.....	240
Emoción vespertina.....	242
Agua muerta.....	245
Balada.....	248
Villaneta de la remembranza.....	255
 HISTORIAS DE PAGO CHICO, por ROBERTO J. PAYRÓ:	
La geografía de Pago Chico, por Alberto Gerchunoff..	259
El caudillo.....	261
El desquite de Don Inacio.....	268
En la Policía.....	274
Libertad de sufragio.....	278
Beneficencia Pagochiquense.....	282
 PENSANDO, por AMADO NERVO:	
Rasgos autobiográficos.....	291
Pensando.....	295 a 320

POESÍAS (seleccionadas, e inéditas), por ALFONSINA STORNI:

En una primavera	325
Al viento	324
Limosna	325
Ay!	326
No me despiertes	327
Silencio	350
Sábado	354
Cuadro	356
Nocturno	357
Bien pudiera ser	341
Te perdoné	342
Al hijo de un avaro	343
Peso ancestral	347
Qué diría	348
Un día	349
Esclava	350
Duerman	351
A un doncel	352

EVOCACIONES, por EDMUNDO GUIBOURG:

Prólogo, por Arturo Cancela	355
La obscuridad	357
La Caja de Ahorros	358
La proposición	359
Astucia	361
La originalidad	365
El homicida	366
La igualdad	368
Enemigas	370
Cartas a la abuela	371
Lluvia de invierno	373
Minutos en el Hospital	374
Literatura	378

"VIRTUS"

**CONTRIBUYE A LA
DIFUSION DE LA
BUENA LECTURA
CON EDICIONES
ESTÉTICAS Y ECO-
NÓMICAS.**

**ESMERALDA 70
BUENOS AIRES**

Librería "La Cultura"

Trilunvirato 537
Buenos Aires

Poesías. Rafael Obligado. (Precedido de un prólogo de J. V. González). \$ 1.80.
La vida de las abejas. M. Maeterlinck. \$ 1.50.
Igiene del amor. Mantegazza. H2 to mos. \$ 1.20.

LIBRE DE PORTE
SOLICITEN CATÁLOGO

Háganos una visita y se convencerá de que la

Librería "SAN JORGE"

SANTA FE 2118 U. T. 5327, Juncal BUENOS AIRES

Es la mejor surtida, y la que recibe constantemente las últimas novedades que se publican de autores Nacionales y Extranjeros.

Por todos los correos se reciben las mejores revistas Literarias y de modas (Inglesas - Francesas y Norteamericanas)

Se reciben suscripciones y se venden números sueltos, catálogos se envían gratis al que lo solicita.

El Diamante de la Inquietud, por Amado Nervo.....	\$ 2.00
Grandeza y Servidumbre, por Eugenio D'Ors.....	» 1.50
El Mas Grande Amor, por López de Haro.....	» 2.50
Ideales de dicha, por Marden (en cuadernos).....	» 3.00
Montmartre, por Henri Duvernoi.....	» 2.00
Dario Intimo, por Aniel (obra inédita, en castellano).....	» 2.50
Salomé en la Literatura, por Cansinos-Assens.....	» 2.50
La Atlántida, por Pedro Benoit.....	» 2.50
Los Enemigos de la Mujer, por Blasco Ibañez (novela)...	» 2.50
La Caverna del Humorismo, por Pio Baroja.....	» 2.50
El Poder de la Mentira, por Johan Bojer.....	» 2.00
Historia de un Corazón, por Emilio Castelar (novela).....	» 2.50

Todos los pedidos deben venir acompañados de su importe más los gastos de envío.

Próximamente aparecerá:

MIENTRAS LOS HOMBRES MORÍAN.

por ALBERTO GERCHUNOFF

Pedidos a nuestra administración. Precio \$ 2

Próximamente pondremos en venta el libro



Los éxtasis de la montaña

NUEVA COLECCIÓN DE MAGNIFICOS SONETOS POR
Julio Herrera y Reissig

Haga enseguida su pedido a nuestra Administración

ÚLTIMAS PUBLICACIONES

HANS WEGENER.— <i>Nosotros los jóvenes. El problema sexual del joven soltero</i>	\$ 1.50
M. MAETERLINCK.— <i>El Pájaro azul. La mejor obra del gran escritor belga</i>	\$ 1.50
J. E. RODÓ.— <i>Ariel. 15.ª edición</i>	\$ 1.00
J. TORRENDELL.— <i>El año literario. Prólogo de Constancio C. Vigil</i>	\$ 2.50
BELISARIO ROLDAN.— <i>Llamas en la noche. Nuevas poesías.</i>	\$ 2.00
M. MAETERLINCK.— <i>Los senderos en la montaña. Traducción de la última edición francesa.</i>	\$ 2.00
LEON TROTSKY.— <i>El bolcheviquismo ante la guerra y la paz del mundo</i>	\$ 2.10
Obras de AMADO NERVO	
<i>Elevación. Nuevos poemas.</i>	\$ 2.00
<i>Plenitud. Su mejor libro de prosa.</i>	\$ 2.00
<i>Serenidad. Poesías.</i>	\$ 1.50
<i>Soledad. Cuentos.</i>	\$ 1.00
<i>Sus mejores poemas.</i>	\$ 1.00
<i>La mujer moderna y su papel en la evolución actual del mundo</i>	\$ 2.00
M. MAETERLINCK.— <i>La muerte</i>	\$ 2.50
A. PEREZ LUGIN.— <i>La casa de la Troya</i>	\$ 2.00

Obsequiamos a todos los compradores por más de diez pesos, con nuestra bonita cartera «Correspondencia», con espléndidos papeles y sobres para escribir. Solicite LECTURAS, Revista guía del buen lector, y dirija todos los pedidos a la EDITORIAL TOR, Victoria 788, Buenos Aires.

EDICIONES SELECTAS

AMÉRICA

Cuadernos Quincenales de Letras y Ciencias

Aparecen el 5 y el 20 de cada mes

DIRECCION Y ADMINISTRACION:

Reconquista 375

U. T. 827, Rivadavia

BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(ADELANTADA)

Argentina :

Por año	\$ m/n	5.00
» seis meses	»	2.50
Número suelto (en la Capital)	»	0.20
» » (en el Interior)	»	0.25
Números atrasados (del primer tomo) en toda la República		0.40

Exterior:

Por año	\$ o/s,	2.50
» seis meses	»	1.30
Número suelto	»	0.15
» atrasado	»	0.25

Las suscripciones y pedidos de libros, deben dirigirse a nuestra administración a nombre de **LEONARDO GLUSBERG**, acompañando el importe correspondiente.

LAS EDICIONES SELECTAS «AMÉRICA» se venden en todas las librerías y quioscos de los países americanos. Exclusividad de la «*Editorial Tor*» Victoria 788 Bs. Aires, para el interior y exterior de la República.

Próximamente en edición extraordinaria:

La mala sed

DRAMA EN TRES ACTOS

de SAMUEL EICHELBAUM.

Se pondrá en venta simultáneamente a su estreno.

Pedidos a nuestra administración.

**VIDA
NUESTRA**

PUBLICACIÓN MENSUAL

La revista que cuenta con las
mejores colaboraciones.

DIRECTOR LEÓN KIBRICK

Precio del ejemplar . . . \$ 1 m/n.

Suscripción anual. . . . » 9 »

RECONQUISTA 375

EN BREVE EDITAREMOS LA MÚSICA DE LAS
SIGUIENTES CANCIONES PARA NIÑOS:

I. EL TAMBOR

II. LA AGUJA

Letra de: ERNESTO MARIÓ BARREDA

Música de: LUISA S. DE BARREDA

Pedidos a nuestra administración.

EN EL PRÓXIMO CUADERNO:

LOS PERSEGUIDOS

por HORACIO QUIROGA

PQ
7797
G6974E9

Guibourg, Edmundo
Evocaciones

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

11X

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 05 15 03 003 0